

EL PERU HACIA 1885, AÑO DEL NACIMIENTO DE RIVA-AGUERO

Raúl Palacios Rodríguez:

Introducción

A raíz de su alejamiento como Ministro del Perú en Montevideo, a fines de abril de 1939 el poeta y escritor Luis Fernán Cisneros pronunció en esa capital un emotivo discurso, cuyos párrafos principales sintetizaban, de alguna manera, el sentir de sus coetáneos:

"Los hombres de mi generación crecieron bajo un signo sombrío. El Perú, salido de una guerra internacional de cuatro años, cargaba entonces el amargor del desastre. Hondas cavilaciones llenaban el cielo y silenciaban los pasos. Por culpa de la catástrofe, o faltaban muchos de nuestros padres o escaseaba el pan de nuestra mesa. Nos amamantamos tal vez en pechos sollozantes e hicimos una niñez de estricta fatalidad biológica: niños que se juntaban en las aulas bajo la vigilancia de maestros revestidos de una tristeza austera; niños que repetían versos encendidos de desagravio; diálogo con los libros en el silencio de las casas o en la quietud de las plazuelas, entretenimientos simples y candorosos; adolescencia pasiva, impuesta por el monólogo mental de quienes nos rodeaban; emoción difusa pero penetrante, quizás contraproducente y seguramente inútil".

El análisis de éste y de tantos otros testimonios similares, bien podría motivar al cultivador de un determinismo histórico puro afirmar que el viejo proverbio árabe "Los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres" es aplicable a Riva-Aguero y a quienes como él, nacieron en los años trágicos de la década de 1880. En efecto; bajo este lente rígido e inflexible, los hombres de la "generación del dolor" (como así se autotitulaban algunos) debieron en su conducta posterior estar signados, precisamente, por la amargura y la desesperanza que les produjo no sólo la humillación del fracaso bélico, sino la postración material y espiritual en la que quedó el Perú después de la derrota. Desde esta perspectiva, el trauma colectivo producto de la pesadilla de la guerra, debió, pues, haber actuado como inevitable condicionamiento en contra de un acercamiento e interés por todo lo relacionado con la vi-

da nacional. Mas, ¿ocurrió esto? Veámoslo.

La lista de la generación de Riva-Agüero se muestra larga y significativa. Pertenecen a ella entre otros: Julio C. Tello (1880), Luis Miró-Quesada (1880), Luis Fernán Cisneros (1882), Víctor Andrés Belaunde (1883), Francisco García Calderón (1883), Luis Alayza y Paz-Soldán (1883), Oscar Miró-Quesada (1884), José Gálvez Barrenechea (1885), Alberto J. Ureta (1885), Hermilio Valdizán (1885), Ventura García Calderón (1886), Felipe Barreda y Laos (1886), Rubén Vargas Ugarte (1886), Abraham Valdelomar (1888), José Sabogal (1888), José Uriel García (1889). Como se advierte, todos ellos nacen entre 1880 y 1890. Al año siguiente nace Luis E. Valcárcel (1891), dos años más tarde César Vallejo (1892) y cuatro años después José C. Mariátegui (1894). En todos ellos, no obstante sus planteamientos disímiles o sus quehaceres diferentes, el común denominador va a ser, justamente, una permanente e intensa preocupación no sólo por la historia patria (entendida como el pasado vivido por los peruanos), sino por la realidad nacional en sus múltiples y complejas manifestaciones. En este sentido, difícilmente encontraremos, antes o después de ellos, una generación que con vocación tan definida y lúcida, exenta por demás de posturas demagógicas o patrones tendenciosos, se adentrase en el análisis e interpretación de lo que, en algún momento, se denominó con énfasis metafísico, el "*ser colectivo del Perú*". Múltiples ensayos de carácter histórico, sociológico, literario, jurídico, económico, científico, geográfico y periodístico tienen como fuente de inspiración y estudio el Perú. Basta recordar, por ejemplo, las luminosas lecciones sobre nuestra historia del propio Riva-Agüero, las profundas reflexiones peruanistas de Belaunde, el penetrante pensamiento de Francisco García Calderón, las sabias indagaciones de Tello, las eruditas investigaciones de Vargas Ugarte, las nutridas e inquietantes reflexiones de Uriel García, los meritorios esfuerzos médicos del huanuqueño Valdizán, los robustos poemas de Valdelomar o la bella y sensible pintura del "cholo" Sabogal. En todos ellos, repetimos, están presentes los valores patrios o la problemática nacional conjugados en una reveladora "*síntesis viviente*". En consecuencia, la respuesta a la interrogante arriba formulada es negativa, no obstante (como a continuación veremos) el sombrío e incierto panorama que les tocó vivir.

1. *El Perú mutilado*

Bien sabemos que la guerra iniciada en abril del 79, culmina cincuenta y cuatro meses después cuando en octubre de 1883 se suscribe el tratado de Ancón; el mismo que fue ratificado en enero y marzo del año siguiente por Chile y Perú, respectivamente. A partir de ese instante, al lado del amargo sabor de la derrota y del altísimo costo humano que ella generó, nuestro país adquiere un nuevo rostro geográfico, producto de la mutilación territorial por la pérdida de la provincia de Tarapacá.

Efectivamente, el reiterado anhelo de Chile de anexarse esa porción de territorio como compensación de guerra (puesto abiertamente de manifiesto en las fracasadas conferencias de Arica en 1880) se hace realidad con dicho pacto, al establecerse

(artículo segundo) que el Perú cede al vencedor, "*perpetua e incondicionalmente*", el territorio de la Provincia Litoral de Tarapacá; sellándose así la suerte y el destino de la antigua y rica provincia meridional. Con esta entrega el Perú perdía una extensa porción de su territorio; aparte de la gran riqueza de salitre, que atesoraba en su suelo.

Desde el momento mismo de su dación, el tratado fue criticado y rechazado por vastos sectores de la población peruana; llegando, inclusive, a considerársele como una "*vergüenza nacional*". Es famosa, dada la firma de su autor, la carta del exmandatario Francisco García Calderón a Cornelio A. Logan, Ministro de los Estados Unidos en Santiago, fechada en el destierro de Rancagua el 21 de diciembre de 1883 y en la que critica acremente el mencionado tratado y la política general del Presidente Iglesias. Los propios tarapaqueños, reunidos en encendidas y ruidosas manifestaciones públicas, condenaron esta medida y a sus gestores. Sin embargo, en nada varió la ambiciosa actitud de los dirigentes de La Moneda, ni el sumiso comportamiento del otrora vencedor de *San Pablo*.

Junto con la mutilación territorial, el Perú de la postguerra vivió también aquella "*guerra sin fusiles*" que significó la política chilenezadora en las provincias cautivas de Tacna y Arica y que distrajo la atención de nuestra Cancillería por espacio de casi cinco décadas; su origen lo encontramos en el artículo tercero del indicado tratado, al concedérsele al vencedor la prerrogativa de continuar ocupando dicho territorio, por espacio de diez años, "*contados desde que se ratifique el presente tratado de Paz*". Esta cláusula (distinta por cierto en su espíritu y proyección a la segunda) dio pie para que más tarde algunos políticos y escritores chilenos sostuvieran, con evidente mala fe, que la detención de ambas provincias por el tiempo convenido, fue una cesión encubierta de los negociadores peruanos. Uno de ellos, tal vez el más caracterizado por el ímpetu que puso, fue Luis Aldunate Carretera quien a comienzos de este siglo, sostuvo tan peregrina como falaz idea.

2. *Algo más que la pérdida territorial . .*

Aún en nuestro medio no se ha hecho un estudio que, utilizando los valiosos aportes de la psicología social, analice el comportamiento de las "*voluntades colectivas*" frente a situaciones históricas de gran impacto vivencial. Para el caso que nos interesa señalar en estas líneas, todavía no se han estudiado los efectos actitudinales que produjo la derrota en el ánimo y en la acción de los peruanos de entonces.

Una ligera aproximación al tema, nos llevaría a decir lo siguiente. Desde una perspectiva exclusivamente económica se estima que la guerra del 79 y sus múltiples derivaciones significó para Chile una ganancia fabulosa de casi 2,350'000,000 de pesos, además del fortalecimiento conductual que conlleva siempre una victoria militar. En cambio, en el lado opuesto, el Perú no sólo quedó quebrado económicamente y cercenado territorialmente, sino fuertemente impactado por una terrible y aplastante situación emocional: *el trauma colectivo*. Diversos son los testimonios de esta huella lacerante que melló el cuerpo y el alma del Perú decimonónico; variados, igualmente, los signos de aquel sentimiento de inferioridad que invadió

el espíritu de nuestros abuelos. El temor, la angustia y el sentirse huérfanos de elementos bélicos defensivos alimentaron, sin duda, dicho complejo. Las siguientes son palabras de nuestro ilustre historiador Jorge Basadre: *"Había algo todavía peor que la desolación inmediata, la angustia económica privada y pública, la debilidad, la soledad y las asechanzas de los países vecinos: era el complejo de inferioridad, el empequeñecimiento espiritual, perdurable jugo venenoso destilado por la guerra, la derrota y la ocupación"*. Bajo este peculiar estilo de vida, varias fueron, pues, las generaciones que se sucedieron saboreando lo que González Prada denominaba amargamente *"el insano ponzoñoso de la derrota"*.

3. *El frente interno*

A la guerra exterior siguió un período de anarquía reflejado en la lucha intestina en la que se vio envuelto el país por varios años. Sin paz y sin gobierno estable, el escenario político mostrábase sombrío e incierto; casi al borde del abismo. Bajo el ritmo de este péndulo de imprevisibles consecuencias para el Perú de la postguerra, el vaivén político continuó endilgado, como en décadas pasadas, al gatillo de los caudillos militares de turno (Iglesias - Cáceres - Morales Bermúdez).

Sin la intención de entrar en la historia externa de dichos regímenes, podemos decir que el panorama político del Perú de esos años mostraba, entre otras, las siguientes notas: las violencias de las bandas armadas en nombre de la defensa del territorio; la falta de unidad en el Gobierno nacional; la explosión de odios y de retos airados de una horrible contienda fratricida; el personalismo y la pasión como sustento de los partidos políticos; la sucesión de gobiernos antagónicos; la ausencia de una firme y decidida preocupación ideológica; la movilización de las masas al influjo de los designios del jefe o caudillo de turno; el encauzamiento de los limitados recursos del Erario para sostener en los cuarteles las labores de una fatigosa campaña (Iglesias, Cáceres; Cáceres, Piérola); la inestabilidad de las instituciones políticas y la suspensión, en determinadas etapas, de las más caras garantías del ciudadano; la corrupción amparada y tolerada por las facciones políticas y el afán de sostenerse en el mando recurriendo a todos los medios posibles.

Todas estas manifestaciones —como se puede deducir— trastornaron hondamente el orden social y condicionaron, en cierta medida, los elementos de nuestra vida nacional. El trabajo, la libertad y el progreso, ejes claves en la existencia de todo pueblo, muchas veces estuvieron ausentes, haciendo peligrar la estabilidad y la seguridad de la Nación.

Por otro lado, en los años que siguieron a la guerra no surgió ningún político civil suficientemente popular y enérgico que al influjo de un nuevo despertar de la opinión, y contando con el respeto y apoyo de los institutos armados, fuese capaz de erigir un fuerte gobierno de arraigo nacional. Acentuóse, en cambio, una vez producida la paz externa e interna, un difundido sentimiento que señalaba para la presidencia de la República al patriota y esforzado jefe militar que tanto se había prestigiado por su valor y sacrificio durante la guerra, el general Cáceres.

Justamente, correspondió a este gobernante, en su primer mandato, presidir

el esfuerzo de la Nación para reponerse de la crisis tanto política como económica producida por el conflicto. Sus laudables esfuerzos, en ese sentido, fueron en parte contrariados por agitaciones parlamentarias que dieron motivo a constantes ataques contra sus ministros. Así se explica que en cuatro años, el héroe de la Breña se viese obligado a cambiar diez veces de gabinete.

En síntesis, el período de más o menos doce años, transcurridos entre el ascenso de Iglesias al gobierno y la presidencia de Piérola en 1895, que debió ser una etapa de unión sagrada para curar las heridas de la guerra, presenció por desgracia la reincidencia en los errores políticos del pasado. Dióse pretexto a que reapareciera la voluntad de dominación de elementos militares que no cuidaron de la legalidad ni del respeto a las instituciones.

4. *Sin guano y sin salitre: Una economía raquítica*

Si en lo político la situación fue de completa incertidumbre e inestabilidad, en lo económico el panorama fue mucho más pavoroso y grave. En efecto, la economía peruana se encontró en una fase por demás crítica y sujeta a los escasos recursos de que el exhausto Erario podía disponer. Sin exportaciones, sin crédito externo e interno, sin potencia económica para comprarle a nadie nada, viviendo con un presupuesto desequilibrado, parecía todo derrumbarse. Agotado el guano y entregado el salitre a Chile, la vida económica, que hasta 1879 había sido endeble y decreciente, presentaba al concluir el conflicto, un aspecto anteriormente no conocido ni sufrido en extrema magnitud: el de la miseria.

Simultáneamente, por un buen tiempo el único medio de circulación, sobre todo entre las clases populares, fue el papel moneda o billete fiscal que con su calidad de inconvertible y su permanente y violenta depreciación, arrasó con la mayor parte de la poca fortuna privada que aún quedaba. Sin el respaldo de una garantía, no sólo era objeto de agio, sino que se le repudiaba públicamente. Un sol de plata valía veinte soles papel, habiendo alcanzado a veinticinco en los días que precedieron al pánico monetario. Por lo demás, su aspecto y estado eran repugnantes. Asimismo, la constante baja del valor de la plata (nuestro patrón monetario) en el mercado mundial, ocasionó graves dificultades a la República. El peso abrumador de la antigua y cuantiosa deuda externa, no obstante que el vencedor se había apoderado de las riquezas que la sustentaban, constituyó una carga para la Nación. Los bonos que representaban los empréstitos de años y gobiernos anteriores, se cotizaban en los mercados financieros del viejo mundo a tipos ruinosos, pregonando por todas partes la nula solvencia de nuestro país; en 1885 la situación llega a su punto más álgido, cuando dichos bonos se cotizan a menos del 10o/o de su valor nominal. El crédito público y privado estaba sumido en una total y profunda desconfianza. Los capitales disminuidos considerablemente. Las obras públicas venidas a menos. La propiedad territorial depreciada, con la ruina de numerosas familias de fortuna. Las producciones en línea descendente, al igual que las exportaciones de productos tradicionales. El salario del obrero, insuficiente para cubrir las necesidades primarias; así como exiguos los ingresos de los servidores públicos. Una infraestructura

ferrocarrilera deteriorada y un movimiento de cabotaje ínfimo, dificultaban las comunicaciones a nivel nacional. La ausencia de un Presupuesto General de la República para su aprobación por el Congreso (entre 1883 y 1885). Los bancos nacionales cerrados, con excepción de uno de escaso flujo financiero. Un sistema tributario en ruinas y acomodado a una realidad fiscal pobre y deleznable. Una clase social urbana pobre. La agricultura sometida a la más triste inanición, con la consiguiente liquidación de la anterior estructura del poder local. El comercio exterior, por casi un lustro semiestacionario arrojaba una balanza comercial en extremo reducida. Finalmente, la prolongada clausura de nuestros principales puertos, constituyeron las notas más descollantes de la situación económico-financiera del Perú hacia 1885. A todo ello, debe agregarse el cuantioso daño material que se veía por todas partes, consecuencia directa del alevoso y despiadado aniquilamiento de la propiedad pública y privada cometida durante la expedición del marino chileno Patricio Lynch a la costa peruana en 1880.

Por otro lado, las entradas del guano y salitre que por mucho tiempo constituyeron la principal riqueza fiscal, se habían perdido, con el respectivo derrumbe del núcleo comerciante-financiero que la sustentaba. El 48o/o de los ingresos del Tesoro Público antes de la guerra —refiere José Manuel Rodríguez, estudioso de los asuntos económicos de entonces— estaba basado precisamente en estos dos rubros.

Como se puede advertir, las consecuencias de la guerra en las finanzas del país fueron tremendamente desastrosas: un déficit real de S/. 9'955,528 por año, que sumado a la ínfima liquidez, llevaron al Tesoro a la mayor angustia y languidez. Es decir, a la miseria fiscal. En su *Mensaje* al Congreso Ordinario de julio de 1887, el Presidente Cáceres resumía este panorama con las siguientes conmovedoras palabras:

"Acostumbrados a vivir de los rendimientos de riquezas providenciales que han desaparecido, el estado de nuestras finanzas es bien poco satisfactorio. Con un Tesoro deficiente, en un país empobrecido, los planes de hacienda carecen de base y las dificultades económicas toman, por el momento, proporciones abrumadoras".

Situación de abatimiento y pobreza que se prolongaría por muchos años.

5. *El malestar social*

Evidentemente, la crisis económico-financiera afectó directa e integralmente las distintas actividades del país. Una de estas manifestaciones fue la desocupación. En las ciudades este fenómeno fue una tara que preocupó seriamente a los estadistas y que originó, a menudo, la proliferación de actividades ilícitas o actos reñidos con la moral pública. En el campo, la falta de labradores y braceros agudizó el malestar de la explotación agrícola que en ciertos lugares y momentos presentó un cariz alarmante; semejante situación vivió, aunque con menor gravedad, la minería.

En Lima el fenómeno del desempleo fue mucho más agudo. El estado de inac-

tividad y abatimiento reinante colaboró decididamente a la extensión de este mal. El cuadro de la época era pintado así por el viajero francés Paul Groussac, a su paso por la capital:

“Los portales y recovas de la plaza mayor hormiguean de día como un ejército de cesantes (vulgo ociosos), sudando la pobreza con levitas negras que espejean como charol, sombreros atornasolados y fisonomías de escribanos y alguaciles. De noche en la plaza mayor suelen tocar dos o tres bandas de música, juntas o alternando; la “sociedad” no concurre, y el bajo pueblo, humilde y dócil, se sienta en la inmensa gradería de la Catedral a la espera de tiempos mejores”.

A la par que el desempleo, pronto adquirieron signos inquietantes la delincuencia, la prostitución y el alcoholismo. Todo ello enmarcado bajo el signo mayor de la pobreza generalizada.

Había escasez de viviendas. La atención médica mostraba los rudimentos y la postración reinante y muchos de los médicos *“paseaban por las calles en jamegos lamentables”*. Los alimentos, escasos en la mayoría de los hogares, no presentaban mayor variedad, destacando el consumo de pescado en sus diferentes especies. A muchos sólo les era posible comer muy frugalmente una vez al día. Ofrecer una taza de té y gastar mensualmente cuatro o cinco soles más en luz de gas desequilibraban el presupuesto familiar. Las comodidades y las distracciones eran poquísimas, revelando la estrechez o pobreza de la población.

Los servicios de transporte dejaban mucho que desear en su funcionamiento; igual cosa ocurría con el telégrafo, a tal punto que por decreto supremo de 13 de agosto de 1888 no sólo se declaró libre el establecimiento de líneas telegráficas en todo el territorio de la República, sino que se autorizó la libre fijación de las tarifas *“que más convengan para su explotación”*. En 1885 el alemán Middendorf revelaba que grandes trechos de las líneas telegráficas se encontraban en mal estado. En muchos lugares habían desaparecido completamente y en vastos sectores permanecían sin repararse aún. Tampoco el servicio de correos debió prestar servicios muy eficientes, si para regularizarlo *“en cuanto es posible y evitar frecuentes extravíos de cartas, especialmente de las dirigidas a mujeres”* hubo que prohibir terminantemente *“entregar cartas de señoras a ningún caballero”*.

6. La postración espiritual

Por encima de estos hechos externos reflejados en el ambiente social de la época, queremos referirnos muy ligeramente a un aspecto que fue consecuencia directa e inmediata de los graves e intensos días que vivió la República. Nos referimos a la postración espiritual que el Perú evidenció después de la derrota; postración que alcanzó en determinadas circunstancias la magnitud de una crisis moral. *“Algo que me sorprendió —refiere Pedro Dávalos y Lissón, que vivió y recorrió el*

territorio por aquella época— fue la degradación moral producida por la debacle. Los matrimonios eran raros; el amancebamiento algo visible, y la prostitución callejera se realizaba en forma cínica a vista y paciencia de la policía. . .”

Los ánimos quedaron muy golpeados. La tradicional “chispa” o viveza criolla, prácticamente desapareció. En cambio, la melancolía, el esceptismo y la desesperación casi abrumaban los espíritus. “Se vio lejano, muy lejano, el Perú que soñaron los abuelos; se sintió, con el bochorno de la derrota, la debilidad de las propias fuerzas y la compasiva y tal vez satisfecha mirada de los extraños, nos reveló claramente nuestro incontenible desmedro”, escribió el poeta José Gálvez Barrenechea en su bello ensayo intitulado 1895. Había mezquindad en el modo de vivir y la avaricia empezaba a hacer carne en el ánimo de las gentes. El dinero se prestaba al uno y medio y al dos por ciento mensual, y bandadas de usureros y explotadores se llevaban en hipotecas o retroventa, propiedades que antes habían costado diez veces más. Pronto, con el desaliento, se sintieron las molestias del abuso del poder y por ellas, la necesidad de la indisciplina y de la rebeldía. Por otro lado —apunta el citado vate— “el pesimismo subía como una ola negra hasta los más altos espíritus, al punto que un hombre ilustre llegó a decir con amargo humorismo que sólo quedaban dos cosas dignas de tomarse en serio: el rocambor y las tandas”.

7. ¿Solos en el mundo?

Sin la posibilidad remota de cancelar la cuantiosa deuda externa (cuyo valor efectivo los acreedores británicos lo estimaron en Lb. 18'204,628) y sin la posesión de las dos riquezas naturales que propiciaron el auge de décadas anteriores, la línea de crédito exterior prácticamente nos estuvo negada. De este modo, vivimos aislados del mundo financiero mundial por espacio de casi siete largos lustros, pues desde 1872 (fecha del último préstamo significativo) hasta 1905, ningún país o entidad financiera nos tendió la mano a través de un crédito fuese éste blando o duro. Cada vez que algún emisario o funcionario nuestro tocaba las puertas solicitándolo, inmediatamente recibía como respuesta un *no* acompañado de la no menos disimulada advertencia: “Ustedes son un país insolvente y pésimos pagadores”.

Sólo en noviembre de 1905, el Ministro de Hacienda Augusto B. Leguía (considerado con justísima razón el alma de las gestiones) y el representante de la flamante sucursal en Lima del Banco Alemán Transatlántico, celebraron lo que vendría a constituir el primer empréstito después del “enclaustramiento económico”. A no dudarlo, la concreción de esta operación (con el aval de la venta de la sal) estuvo ligada a la reapertura de los créditos en los mercados extranjeros que el Presidente José Pardo buscó y consiguió afanosamente. El íntegro de este primer empréstito, ascendente a Lp. 600,000, debía destinarse (de acuerdo a lo mandado en la Ley N° 44 del 30 de diciembre de 1904) a la “compra de elementos navales y a la defensa de nuestro litoral”. Objetivo cumplido a cabalidad con la adquisición de los cruceros *Grau* y *Bolognesi*, las primeras naves de guerra que marcarían el renacimiento de nuestra escuadra.

8. *Sin ejército y sin armada*

Aquel ejército de 3,500 efectivos que Manuel Pardo dejó al final de su administración, al concluir la guerra no sólo hallábase diseminado sino que parecía sumirse en la denigrante desorganización e indisciplina en que lo encontró dicho mandatario en 1872. Profesionalmente hablando, diríamos que su resurgimiento institucional (como entidad castrense sólida, científica y orgánica) data de la época de Piérola (1896) con la célebre misión francesa presidida por el Coronel Pablo Clément.

En cuanto a la Marina de Guerra, su suerte fue semejante o, quizás, mucho más grave y penosa, en determinados momentos, que la de aquél; las características y el largo período de postración y abandono que signó su destino, así lo evidencian.

Hacia 1885 se puede afirmar con toda seguridad que el Poder Naval del Perú se halla reducido, prácticamente, a cero; mientras que el adversario afianza su dominio en el Pacífico Sur. Sin naves de guerra apropiadas hasta 1906, la suerte de nuestra Armada siguió el triste vaivén de la Nación; agravándose en ciertas ocasiones por la apatía y el desdén de algunos legisladores y gobernantes. En este sentido, desde un punto de vista estrictamente técnico-naval, en los años de la postguerra no existió en absoluto una auténtica y eficaz escuadra. En 1900, el Ministro de Guerra y Marina, Contralmirante Melitón Carvajal, con el conocimiento que le daba el hecho de pertenecer a la institución naval, expresaba con absoluta franqueza:

“Propiamente hablando la República no posee naves de guerra. Los cuatro buques de que dispone, tres de fierro y uno de malera, no fueron hechos para formar parte de marina de guerra; no tienen por consiguiente las condiciones de esta clase de buques, y, a mayor abundamiento, se encuentran por la acción del tiempo y de los servicios en más o menos malas condiciones”.

Mientras que por esa fecha (1902) el General chileno Jorge Boonen Rivera en su *Ensayo sobre la Geografía Militar de Chile*, expresaba con un inocultable tinte de orgullo:

“Nuestra frontera occidental (el mar) sólo podrá ser atacada por una de las grandes potencias europeas: Inglaterra, Francia, Alemania y Rusia o por los Estados Unidos de Norteamérica. . . Siendo nuestras fuerzas navales superiores a las de cualquiera de nuestros vecinos, y aun a la de todos ellos aliados, por este solo hecho se comprende que las operaciones que éstos pudieran realizar a lo largo de nuestras costas, son poco probables y de muy escasa importancia”.

Si esta era la situación de nuestra escuadra, ¿cuál era la que correspondía a su personal? En este punto los testimonios son claros y categóricos. La situación de los Jefes, Oficiales y personal subalterno fue igualmente crítica y angustiosa como la que acabamos de reseñar. Concluída la guerra y sin un solo buque, la suerte de los

marinos fue diversa y, en algunos casos, incierta. Situación que empeoró en 1887 cuando, por razones presupuestales, las dependencias de Marina fueron reducidas. Muchos pasaron a integrar el cuadro de los excedentes; otros se dedicaron, los más jóvenes, a labrarse un nuevo porvenir ya en el propio suelo o fuera de él. Otra parte —señala el historiador naval Manuel Vegas— se integró a la administración de hacienda, al campo empresarial, al comando de los buques veleros en la carrera a la China y en los vapores del Lago Titicaca. Y hubo quienes se dedicaron a una antigua y conocida tarea para los marinos y en la que siempre han sobresalido: la exploración de la Selva.

9. *Y se dejó de estudiar*

El afán destructor del enemigo también alcanzó a los centros educativos. A lo largo y ancho del territorio patrio, muchos de ellos no sólo fueron ocupados por el ejército invasor, sino afectados seriamente en su infraestructura: mobiliario, biblioteca, laboratorio, archivo, mapoteca y demás enseres, dejándolo casi todo en ruinas. Las aulas se convirtieron en cuadras y sus patios en establos o caballerizas.

En esta situación, las clases se vieron interrumpidas por un buen tiempo. Muchos jóvenes estudiantes se ofrecieron voluntariamente para incorporarse en las filas patrióticas; tanto el Ejército como la Marina de Guerra se vieron incrementados por estos adolescentes limeños y provincianos. Más de uno, regresó a completar su educación media al finalizar el conflicto. Muchos ofrendaron su vida.

Este deplorable estado en que quedaron los colegios después de la pesadilla de la guerra, es descrito con todo realismo por el Ministro del Ramo en su *Memoria* de 1887:

“Si las naturales consecuencias del prolongado estado anormal en que se ha encontrado la República pueden aun ser trazadas en todos los ramos de la administración ello sucede de una manera especial en la instrucción pública.

Abandonadas las escuelas por preceptores que no encontraban quien les abonasen sus sueldos, perdido el material de enseñanza, convertidos en cuarteles los locales de los colegios, destruidos algunos de ellos, todo se encontraba arruinado, siendo necesario reconstruirlo casi desde sus cimientos.

En las poblaciones que sufrieron inmediatamente las consecuencias de la guerra, destrozándose los gabinetes, aparatos científicos y todos los útiles de enseñanza. . . la ruina bajo este punto de vista tiene que ser forzosamente por largo tiempo irreparable.

Las pérdidas hechas en el material, si bien considerables, no tienen tan grave trascendencia como el desorden introducido en la organización de los colegios, en las tradiciones escolares, en los hábitos establecidos, elementos que no pueden recuperarse en un día”.

Patético testimonio que nos exime de todo comentario.

Verificada la desocupación del territorio nacional por el adversario (agosto de 1884), lentamente algunos colegios reabrieron sus puertas. Con fecha 8 de julio de 1886, el gobierno dispuso que en cada lugar se constituyese una Comisión encargada no sólo de proponer "*las reparaciones convenientes para proceder a la reorganización y reapertura*" de los centros educativos (con el presupuesto respectivo) sino, principalmente, de "*administrar los bienes del plantel y los fondos de que pudiese disponer*". Además, se le encomendó preparar y remitir, a la brevedad posible, al Ministerio concerniente, el inventario de los bienes propios del colegio.

10. *Algunos atisbos ideológicos*

En su *Historia de la República*, Basadre enfatiza que después de la guerra no hubo una preocupación ideológica de gran formato. Nosotros agregaríamos, aceptando la hipótesis del ilustre tacneño, que lo que hubo más bien fue preocupación económica y, en menor medida, inquietud política. No hallamos por estos años, definitivamente, la efervescencia doctrinaria e ideológica que caracterizó, por ejemplo, a la generación de liberales y conservadores a comienzos de la República, o, a aquella otra que cercana a los años 30 del siglo actual, debatió con profundidad y altura distintos aspectos de este cautivador e inquietante quehacer.

A pesar de lo dicho, asoman algunos atisbos ideológicos cuya figura central, a no dudarlo, fue la vigorosa y desconcertante personalidad de Manuel González Prada, "*el dictador de la moral del siglo XIX*". En efecto, bajo una enorme, múltiple y diforme influencia —según acertado juicio de Hugo García Salvattecci, su más autorizado analista actual— el autor de *Horas de lucha* maduró y aplicó, bajo "*la devoción de las ideas claras*", una concepción ideológica carente de eufemismos o posturas hipócritas. Su verbo claro y directo, por un lado, y su abierta identificación con el anarquismo del francés Pedro J. Proudhon y del ruso Miguel Bakunin, por el otro, le permitieron rápida cabida en la acción revolucionaria del incipiente movimiento obrero peruano y en la pujante y siempre renovada vitalidad de nuestra juventud. Muchos de los pronunciamientos obrero-estudiantiles de esta época, van a estar fuertemente influenciados por el mensaje ideológico de González Prada. Por lo demás, su verbo hecho acción actuó como permanente acicate de las exigencias reivindicatorias de ambos estamentos.

11. *El patriotismo encendido: la voz y la acción de un hombre*

González Prada es, pues, en cierta forma, la excepción de una ideología que careció de fuerza en el Perú del último tercio del siglo pasado. Su labor, sin embargo, se enfiló también a lo que el español Santiago Ramón y Cajal denominó en otro contexto y con un sentido más terapéutico los "*tónicos de la voluntad*". Efectiva-

mente, el radical limeño, como ningún otro de sus coetáneos, buscó no sólo tonificar el sentimiento patrio (a través de una conjunción de voluntades) sino resarcir las heridas de la guerra. Y en esto, a pesar de la crudeza de sus acusaciones contra hombres, cosas e instituciones que conformaban la realidad nacional (recuérdese sus alegorías del "pues" y de "los árboles nuevos") fue muy honesto y cristalino. Es que él se sintió fuertemente impactado por el conflicto, al punto de confesar en uno de sus escritos "que con la guerra murió algo en él". Su reacción ante esta catástrofe —en palabras hermosas de Basadre— fue la de un gran patriota.

Bajo este modo de pensar, González Prada diseñó una línea de conducta (con fuerte dosis de mística) cuyo vértice principal era la reivindicación nacional frente al tenaz e implacable enemigo. De esta exigencia, se desprendía su acariciado anhelo (hecho convicción) de que el futuro nos debía una victoria, anunciando en voz alta "que el país en escombros y totalmente abatido después del tratado de Ancón, tendría su hora fénix".

12. ¿Más defunciones que nacimientos?

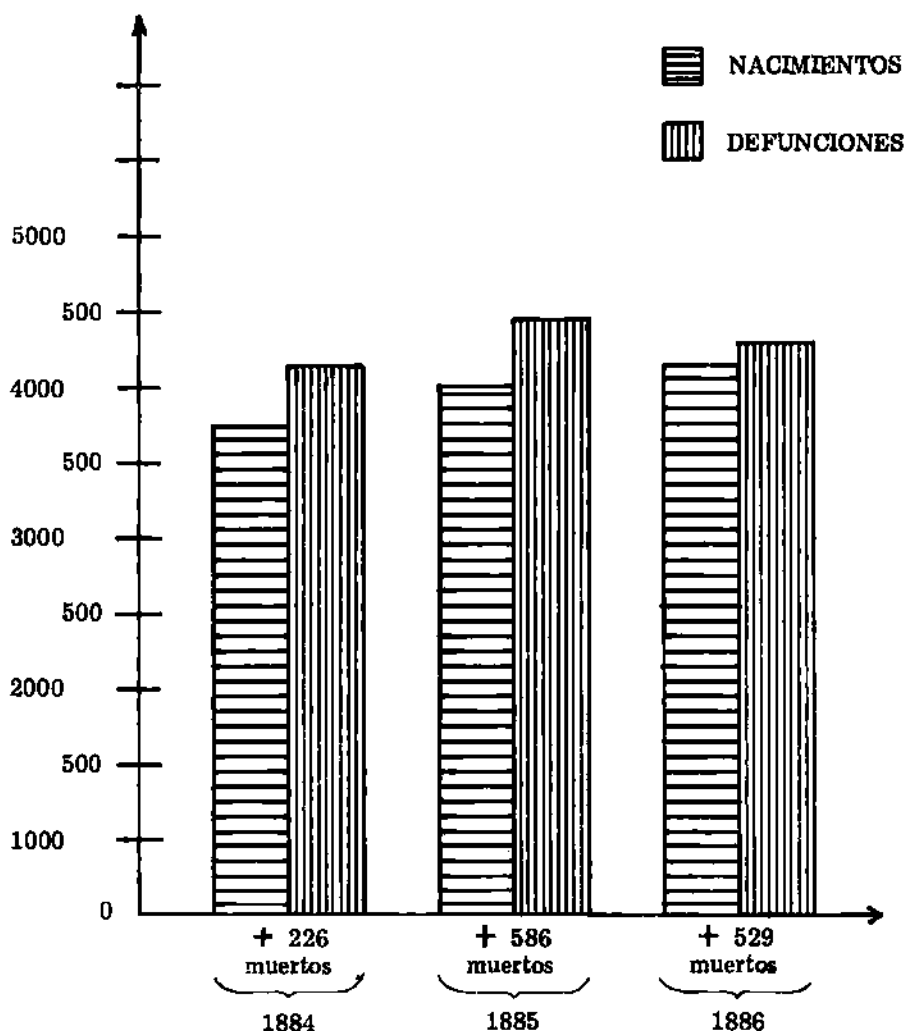
Útil e interesante resulta por cierto el aporte de la demografía al conocimiento del pasado; hoy es difícil concebir un quehacer histórico científico alejado de esta sugestiva disciplina. En nuestro caso (para referirnos sólo al período de la postguerra) los datos resultan sumamente reveladores. Veamos.

La población limeña, en 1884, podía estimarse (según los datos registrados por la Municipalidad) en 101,488 habitantes; cifra que confirma lo expresado por el alemán Middendorf, de que el número de pobladores había aumentado en algunos miles durante la guerra con Chile, ya que "la capital era el lugar más seguro de la República, y muchas familias llegaban huyendo de provincias". Su conformación era la siguiente:

	Hombres	Mujeres
Blancos	6,964	3,542
Indios	6,250	10,582
Mestizos	23,160	30,468
Negros y Mulatos.	12,545	5,775
Chinos.	2,186	16

Sus ocupaciones figuran en el cuadro N^o 1.

Ahora bien; un análisis rápido del cuadro N^o 2 nos señala que durante esos años el índice de mortandad superó ampliamente al de nacimientos en la proporción que a continuación se grafica:



De lo que se deduce, que el número de defunciones en los años inmediatos a la guerra fue mayor que el de los nacimientos. ¿Las razones? Diversas: el deplorable estado sanitario en que quedó Lima, la escasa asistencia médica, la mala alimentación, las epidemias (el paludismo y la tuberculosis sobre todo), la escasez de alimentos (por la destrucción de la infraestructura agrícola y la ausencia de transportes), las heridas producto de la guerra, etc. Tan sombrío fue el panorama demográfico, pues, que el diario *El Comercio* en su edición del miércoles 29 de abril de 1885 escribió con evidente tono preocupante: "Sin afluencia de extranjeros y gentes de las provincias, nuestra capital corre el riesgo de verse con muy escasos vecinos dentro de algunas décadas".

CUADRO No. 1

DISTRIBUCION DE LA POBLACION DE LIMA:
OCUPACIONES (1884)

A. VARONES:

– Poder Ejecutivo	180
– Poder Legislativo (Asamblea Constituyente)	248
– Poder Judicial	192
– Ejército y Marina	3,667
– Policía	1,415
– Arquidiócesis de Lima	410
– Dependencias diversas	594
– Industriales	28,624
– Propietarios	735
– Por clasificar	15,340
TOTAL	51,105

B. MUJERES:

– Monasterios	804
– Beaterios	191
– Colegio Sagrado Corazón (San Pedro)	435
– Sagrados Corazones (Belén)	406
– Colegio Santa Cruz (Santa Teresa)	674
– Colegio de la Señora Lund	111
– Hospicio del Buen Pastor	265
– Escuelas Municipales	1,407
– Propietarios	268
– Industriales	4,552
– Por clasificar	41,374
TOTAL	50,383

(CLAVERO, José. . . *Demografía de Lima*. . . Lima, 1885, p. 30)

CRECIMIENTO ANUAL DE LA POBLACION DE LIMA:
NACIMIENTOS 1884-1893

Categorías Años	Blancos	Indios	Negros	Mestizos	Total de Nacimientos
	1884	1379	941	91	1409
1885	1340	908	90	1725	4020
1886	1205	684	92	2039	4063
1887	1243	980	92	1773	4068
1888	1148	1040	82	1436	3706
1889	1066	1103	99	1290	3558
1890	1021	1249	85	1314	3626
1891	1156	1161	108	1476	3901
1892	1037	1070	88	1586	3760
1893	1048	1235	64	1402	3809
TOTALES	11642	10371	891	15430	38334

(CAPELO, Joaquín. . . *Sociología de Lima*. . . Lima, 1895 - 1902)

CUADRO No. 2

MOVIMIENTO DE POBLACION EN LA CIUDAD DE LIMA

MESES	NACIMIENTO			DEFUNCIONES			MATRIMONIOS		
	1884	1885	1886	1884	1885	1886	1884	1885	1886
Enero	345	353	378	388	379	463	31	26	28
Febrero	209	269	305	297	328	401	27	49	26
Marzo	344	319	339	386	365	385	31	17	26
Abril	286	293	297	328	362	369	29	56	18
Mayo	305	331	404	324	391	391	47	42	60
Junio	273	355	303	345	328	367	27	45	29
Julio	331	368	339	297	344	365	22	38	25
Agosto	302	392	329	360	352	365	48	41	47
Setiembre	358	380	321	353	376	338	51	31	48
Octubre	385	397	346	316	367	343	31	40	50
Noviembre	356	306	304	295	405	351	35	23	37
Diciembre	326	300	355	357	589	391	35	28	46
TOTALES	3820	4020	4063	4046	4586	4529	414	436	440

13. *Una inmolación necesaria*

El 29 de agosto del indicado año 1885 (seis meses después del nacimiento de Riva-Agüero) el decano de la prensa nacional publicó la siguiente noticia:

"Hace dos días el señor Daniel A. Carrión, estudiante de medicina, se ha hecho inocular la sangre de un enfermo de verruga con el propósito de observar en su propio organismo el desarrollo de esta enfermedad que tantas y tantas víctimas ha causado. La marcha ulterior del experimento al que se ha sometido el valeroso señor Carrión será seguida, inudablemente, con ansiedad y sus resultados serán de gran provecho para la ciencia médica nacional".

Así, en términos por demás sencillos, la opinión pública se informaba de lo que a la postre sería el "acto heroico más significativo de la medicina peruana del siglo XIX".

Este joven mártir de la ciencia médica había nacido el 15 de mayo de 1859 en el pueblo minero de Cerro de Pasco. Cursó estudios en el antiguo Colegio Guadalupe de Lima y en la Facultad de Ciencias, e ingresó en 1880 a la otrora prestigiosa Facultad de Medicina. Aquí supo no sólo asimilar las lecciones de sus maestros, sino reafirmar su temprana vocación por tan sacrificada carrera.

Tocóle vivir a Carrión las angustias de sus contemporáneos por hallar una respuesta científica a la denominada "Fiebre de la Oroya" (que se había extendido entre los trabajadores del ferrocarril andino) y a su probable correlación con la verruga. Los escasos estudios previos (de carácter teórico o clínico) no habían podido aclarar el misterio de esta dualidad: ¿era la "fiebre de la Oroya" causa o resultado de la verruga? ¿La incubaba o la seguía como síntoma invariable?

Para encontrar una respuesta, Carrión prefirió el camino de la experimentación directa. Después de hacer observaciones clínicas durante cuatro años sobre la verruga y de reunir todos los datos posibles sobre ella —refiere su biógrafo Donald Morote— buscó Carrión indagar sobre sus primeras fases, su verdadera naturaleza, experimentando en sí mismo, mediante la inoculación de sangre de un enfermo. Con esta decisión, el ilustre provinciano ponía en el tapete lo que siempre ha sido infrecuente hacer: "Estudiar al hombre en el hombre". El autosacrificio empezó (ante la presencia de varios testigos) el jueves 27 de agosto en el Hospital Dos de Mayo, durando treinta y nueve largos días. Falleció el 5 de octubre en la Clínica *Maison de Santé*, a donde había sido trasladado el día anterior; sus palabras finales fueron: "C'est fini".

La inmolación de Carrión no resultó vana; pudo comprobarse la "unicidad" o correlación íntima entre la "Fiebre de la Oroya" y la terrible verruga eruptiva. También quedó evidenciado que la enfermedad era inoculable.

14. *Lima, ¿"La Perla del Pacífico"? ... Cosa del Pasado*

En 1885 la ciudad misma y sus alrededores presentaban las huellas de la des-

trucción de la guerra. Así la vio el viajero francés Marcel Monnier durante su breve permanencia en Lima por estos días aciagos:

“Las huellas de la guerra están bien visibles en la capital y sus alrededores inmediatos. Inadvertidos al principio para el extranjero, llaman bien pronto su atención, por poco que prolongue su estadía. A tres o cuatro leguas hacia el sur están los escombros de Miraflores y de Chorrillos, el Trouville Peruano: un montón de despojos informes marca el emplazamiento de las casas de campo alineadas a lo largo de esta playa espléndida. Todo lo que el enemigo no pudo llevarse fué aniquilado. Los demolidores pusieron en obra la mina y el hacha. Hicieron saltar los muros, talaron los bosques, y, con este combustible, unido a las maderas de muelles hechos pedazos, alumbraron grandes fogatas de fiesta.

La desolación parece completa y definitiva. En Lima misma, pequeños defectos atestiguan, disimulados bajo exteriores brillantes, la miseria pública, la derrota reciente, la bancarota. Descubriréis un pedestal sin estatua, una fuente privada de sus náyades y de sus tritones, un palacio decapitado de su friso de mármol. Bronces y bajos relieves, coleccionados por el vencedor, decoran en la actualidad las plazas de Santiago o de Valparaíso”.

Extensa ha resultado la cita, pero útil para tener una idea clara del estado deplorable en que quedó nuestra capital.

Destruída y en ruinas, Lima estaba, igualmente, invadida por basurales y pestilencias. Los títulos de *“Perla del Pacífico”* y *“Ciudad Exquisita”* (por mucho tiempo sostenidos con orgullo) resultaban en esos momentos una ingrata ironía. Su opulencia y belleza eran cosas del pasado. Así lo captó Pedro Paz-Soldán y Unanue (más conocido por el seudónimo de *Juan de Arona*) en la siguiente copla:

*Lima, la ciudad tres veces Coronada:
¿Qué me cuentas?
Eres coronada con creces,
Tres veces y hasta trescientas,
Por muladares soeces.*

Los servicios urbanos (para hablar sólo de los más indispensables) dejaban mucho que desear en su funcionamiento; el transporte masivo, por ejemplo, seguía confiado a un servicio de tranvías de tracción animal establecido en 1878 y cuya ruta principal cubría el recorrido desde los Descalzos hasta la Exposición. Existían, además, unos noventa coches de alquiler, de los cuales muchos se hallaban en evidente estado de deterioro. El servicio de hospedaje fué ofrecido por muchos años, por dos o tres hoteles de baja categoría, amueblados y servidos a la criolla. Los mercados de abastos, lucían diariamente sus puestos vacíos en clara expresión de la escasez de alimentos.

Por otro lado —dice Aurelio Miró Quesada en su bello ensayo sobre Lima— hubo pobreza, desasosiego íntimo, dolor callado. La capital perdió u olvidó sus vie-

jas galas; y como nates se había encubierto con el manto sutil de las "tapadas", ahora mostraba solemnemente sus vestiduras negras y austeras en señal de recogido duelo. Nunca —escribió un funcionario de la comuna limeña— hubo tantas noches intranquilas ni mayor número de gentes enlutadas.

15. *De nuevo a organizarnos: La Reconstrucción Nacional*

En el contexto del desorden fiscal descrito en las páginas anteriores y bajo la sombra de un país desarticulado, arruinado y empobrecido por la guerra, ardua, lenta y complicada fue la tarea del reordenamiento y reconstrucción financiera de la República.

En tal sentido y durante un buen tiempo, la esmirriada hacienda debió retornar a sus fuentes de ingresos pre-guaneras: impuestos y aduanas. Se ensayaron una serie de medidas, algunas transitorias y otras permanentes, orientadas a explotar la economía y restablecer la hacienda pública. Por ejemplo, se creó un sistema de impuestos, estableciéndose la "*Compañía Nacional de Recaudación*" a fin de asistir al Estado en la organización y recaudación de aquéllos; se procuró rehabilitar el crédito nacional y extranjero; se modificó el contrato celebrado anteriormente con la empresa del Muelle-Dársena (contrato que oprimía al comercio y encarecía la vida); se gravó el consumo del tabaco, del opio y del alcohol; se intentó solucionar la circulación fiduciaria; se reorganizaron las aduanas procurando obtener de ellas los mayores rendimientos, que el *boom* guanero le había arrebatado. Por último, se favoreció el desarrollo de determinadas fuentes de recursos naturales, como por ejemplo la minería.

Pero, sin duda alguna, todos estos esfuerzos de reconstrucción no tienen otra explicación valedera y legítima, que la existencia de un sentimiento nacional traducido en un afán, seguro y profundo, de sacar a la Patria del montón de ruinas en que se encontraba. Sentimiento que se expresó en una aspiración, en un anhelo (quizás en una vocación colectiva) y en una esperanza de rehabilitación y de prosperidad futura. Ni la miseria del momento ni los errores del desastre (tan duramente zarandeados por González Prada) fueron óbice para la consecución de tan nobles propósitos. Actuaron más bien como permanente acicates en la búsqueda de aquel bienestar que todos anhelaban.

Desde esta perspectiva, el principio de la nueva era, basado en la fe del patriotismo e iniciada con Cáceres en julio de 1886, fué el norte que iluminó el quehacer de gobernantes y gobernados.

Consecuentemente, la meta de la reconstrucción y el engrandecimiento del Perú se convirtió en el *leitmotiv* del hombre común y corriente; de aquel hombre anónimo que con su fe en el futuro, emprendió la obra de la Reconstrucción Nacional. Ella fue muy lenta, es cierto; laboriosa y llena de tropiezos, también. Pero, al fin y al cabo, hecha por nosotros mismos; sin apoyo directo de país alguno. ¡Hecha, nada menos, que por los sobrevivientes de la guerra del Pacífico!